

LOS INTELECTUALES Y LA CRISIS MORAL⁷⁶

México ha escuchado en los últimos meses dos grandes discursos: el del licenciado Padilla en la inauguración de la Conferencia Internacional del Chapultepec; y el de don Jaime Torres Bodet, con motivo de su ingreso a la Academia Mexicana Correspondiente a la Española.

Además de la belleza de este último discurso, hay que admirar su precisión y su profundidad. No sigue los caminos trillados, no repite los lugares comunes de nuestros ideólogos, sempiternos enamorados de lo nebuloso y de lo abstracto, ni incurre tampoco en la vulgaridad de querer explicarlo y arreglarlo todo con la técnica, con “la revolución industrial” y con novísimas y deleznales estructuras y transformaciones económicas.

No; el discurso de Torres Bodet es humano, profundamente y esencialmente humano. En vez de cometer el crimen de subordinar el hombre a la técnica, a la ciencia y a lo económico, eleva al hombre sobre lo puramente instrumental y pone esto —ciencia, técnica, industria y economía— al servicio del hombre.

El problema candente de nuestro tiempo —exclama él— es la crisis moral. Y en seguida recalca: esa crisis constituye, desde hace muchos años, algo mucho más alarmante que la crisis económica y que la misma pavorosa crisis bélica. Esta dos últimas son, en el fondo, consecuencias o derivaciones de la primera.

El mérito principal de la pieza oratoria de Torres Bodet, radica en su valentía para plantear así la cuestión, y en no detenerse en eso, como pudo hacerlo, si no en decidirse a acusar o a señalar a los responsables.

La responsabilidad recae sobre todos —grandes y pequeños, sabios e ignorantes—, pero sería pecar de cobardía y ceguera no reconocer que, entre todos, los más responsables son los intelectuales ya que muchos de ellos incurrieron en la culpa gravísima, que Torres Bodet subraya, de renunciar por egoísmo a la misión de orientadores.

⁷⁶ *El Universal*, 18 de abril de 1945.

Los intelectuales se encerraron en su torre de marfil, eludieron el servir a los demás, se apartaron de la vida, se dedicaron a la abstracción y a las teóricas y estériles elucubraciones, “a jugar con la metáfora”, a cultivar una literatura amoral y decadente, por obra de ellos sobrevino, en forma dolorosa y terrible “el divorcio entre la vida y la inteligencia, entre la política y la cultura”. Y algo todavía peor: el divorcio entre la inteligencia y la moral.

Muchos literatos y muchos intelectuales se consideraron desligados de toda norma. “Antes que los caracteres, la virtud, la pasión creadora, la entereza y la viril elegancia de la conducta huyeron de las páginas de los libros.” Fue moda literaria de la de “copiar los retratos bajos y los perfiles ignominiosos”. Se llegó a proclamar “como único realismo, la eliminación de todos los ideales”.

Las masas, privadas así de genuinos y honestos orientadores, se precipitaron por esa misma pendiente de amoralidad. Se entregaron, lamentablemente, en manos de “los simuladores —seudo filósofos y pseudo artistas— que transformaron pronto la ciencia pura en artera táctica de agresión, el talento en habilidad y el arte y el pensamiento en sistemas desenfrenados de propaganda”.

Se proclamaron solo derechos y se olvidó el valor intrínseco, imprescindible del deber. Se le quitó a la vida su verdadero significado: “el cumplimiento de una misión”.

Contra esas mutilaciones, contra esas transgresiones, se levanta la protesta de Torres Bodet. Hay que devolver a la vida y a la cultura su sentido integral, hay que hacer servir a la inteligencia para la realización del bien. A las Cartas Políticas y Económicas hay que hacer la adición de otra Carta Fundamental: la de los valores del espíritu,

“aquellas en cuyas cláusulas se establezca el orden de los postulados morales de la conducta, aquella en la cual, para convivir, todas las razas y todos los Continentes, se pongan por fin de acuerdo sobre los propósitos de una unión que sería a lo sumo, precaria alianza de intereses políticos regionales, si no consiguiéramos sustentarla sobre una alianza suprema sobre el espíritu”.

“O para decirlo con términos diferentes: no se libera tan solo al hombre afianzándolo en el uso de sus derechos. Se le libera —y acaso con mayor precisión— colocándolo por encima de la esclavitud oprobiosa de sus instintos y haciéndole comprender sus obligaciones para consigo, para sus iguales, para con la Patria y para con toda la humanidad.”

Estas orientaciones de suprema claridad las entiendo y debo tomarlas como otras tantas advertencias para nuestros educadores.

Deben ellos comprender que la educación, para no ser nociva, tiene que abarcar la inteligencia y el alma, la mente y la voluntad, las facultades reflexivas, las volitivas y las sentimentales. Debe hablar al corazón y no sólo al cerebro.

La instrucción por sí sola no basta —se ha repetido hasta el cansancio. Y sin embargo, se sigue incurriendo, de hecho, en el eterno error: se instruye solamente, pero no se educa.

Se olvida si que no son los hombres puramente calculadores y reflexivos, no son sólo los sabios y los técnicos los que hacen falta. Lo que se necesita, ante todo, son hombres dotados de fuerte y sana moralidad.

Dos pensadores eminentísimos, dos hombre geniales lo decían ya desde la lejanía de los tiempos, como si previeran, como si atisbaran el espantoso derrumbe que hoy nos aterra y nos aplasta.

Goethe, el incomparable, sostenía con firmeza de vidente: “Todo lo que hace libre nuestro ánimo, sin darnos el dominio de nuestro carácter, es pernicioso. La cultura puede hacer seres más brutos, y sobre todo más peligrosos, que el primitivo estado de naturaleza”.

Y Montesquieu, el pensador eximio, precisaba:

“La ciencia sin religión sólo da ingenio, finura, astucia; pero esto duplica la potencia y la superioridad del hombre para el más, si se le da una falsa dirección. Semejante ciencia, sin la moral, no sería apta sino para formar falsarios, revoltosos, enemigos de la ley. CONVIERTESE ENTONCES LA CULTURA EN UNA ARMA QUE EL EDUCANDO PUEDE ESGRIMIR CONTRA LA SOCIEDAD. Téngase entendido que, con la ciencia sin religión, sólo se tendrán seres viciosos, de una corrupción, esto sí, circumspecta y velada; delincuentes de buen tono y de agradable trato. No es la aritmética, no es el álgebra, no es la sintaxis, ni el dibujo, ni la geografía, ni la moral: estos conocimientos adoman y enriquecen al entendimiento y la memoria; pero no pasan de allí. Sólo la religión es el código regulador de la vida; sólo ella vuelve a los hombres prácticamente morales, haciéndolos mejores.”